En esta batalla un hombre, o sea, nuestra alma, se nos escapa; pero la gracia de Dios nos la devuelve, cuando nos hace volver a El, quien dice a cada uno de nosotros: «Guarda a este hombre, o sea, a tu alma».

Etimológicamente «custodio» viene de «cura»; y se dice «cura», porque quema el corazón (en latín, «cor urit»). Guarda, pues, a este hombre y cuídalo, para que de hombre no se vuelva mujer, y como una prostituta se te aleje, para seguir a sus amantes.

Si se te escapa, responderás con tu vida por la de él. Advierte lo recio de la amenaza del Señor, y prestemos particular atención a sus palabras: «Si se te escapa...» Se diluye en breve lo que costó mucho tiempo procurarse... Se queja Saúl en el primer libro de los Reyes (13,11): *Yo vi que el ejército se dispersaba.* Y Jeremías (Lm. 3,53): *Me encerraste vivo en la fosa.*

¡Ay de mí! ¡Cuántas veces nuestra alma, de la que procede la vida, cae en la fosa de la miseria y es el barro del pantano! Entonces, ¿debo responder con mi vida (por esas caídas), o debo pagar un talento de plata, que simboliza la pureza de la vida? ¡Ay de mí, Señor Dios! Tengo la vida; pero en la balanza de tu examen no puedo pagar el talento de plata (o sea, no puedo ofrecerte la pureza de mi vida). Por esto, oh Señor, te ruego que no hagas pagar mis deslices con mi vida. Por cierto, Señor, tus juicios son justos y merezco ser condenado, porque no guardé con solicitud lo que me diste en consignación: mi corazón y mi vida; y por esto merecería ser privado de la vida (pero confío en tu misericordia).

Volvamos a meditar el pasaje anterior: *Mientras tu siervo estaba ocupado y se movía de acá para allá, el prisionero escapó.* Presta atención a las dos palabras: «ocupado» y «se movía». No hay que sorprenderse, si tu alma se te escapa, mientras estás ocupado, o sea, sumergido en las cosas terrenas. ¿Quieres custodiar bien tu alma? Vive con la conciencia tranquila. También observa con cuánta propiedad se expresó: *Mientras se movía de acá para allá.* «Acá» significa hacia el cuerpo; y «allá», hacia el mundo. Obrando así, tú te disipas y pierdes tu alma.

No debes, pues, dirigirte ni a la derecha ni a la izquierda,

sino recorrer el camino regio, para que te tengas siempre a ti mismo delante de ti; y no juzgues la vida o las costumbres de éste o de aquél, ni hables mal de nadie.

El prisionero se escapó (También a ti te puede suceder lo mismo). Si te encaminas en otra dirección que no sea Dios ni tú mismo, en seguida tu alma se te escapa. No te distraigas, pues; sino que en tu camino mira derecho hacia Jerusalén, para que ella venga sobre tu corazón; y tú, al custodiar tu corazón, te volverás amigo de Dios. Entonces el Señor te dirá: *Amigo, sube más arriba.* Sube más arriba el que se pone en el último lugar, porque *el que se humilla será ensalzado* (Lc. 14,11). *Entonces tendrás gloria delante de todos los comensales.* Más aún, *el mismo Señor hará que se sienten a la mesa y vendrá a servirles* (Lc. 12,37). ¡De veras, es una gran gloria, cuando es el mismo Señor que se pone a servirles!

(XVII domingo después de Pentecostés: II, 291-295)

11. Humildad, estrella que guía al puerto

¡Oh humildad! ¡Estrella del mar! ¡Estrella fulgidísima que ilumina la noche y guía hacia el puerto! Tú eres como una llama brillante que muestra al Rey de reyes, Dios, quien dijo: *Aprendan de mí que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11,29). Quien no tiene esta estrella, es como un ciego que camina tanteando; su barco se despedazará en la tempestad, y él mismo será sumergido por las olas.

En el Exodo (14,24; 25 y 29): *El Señor miró el campamento de los egipcios desde la nube y desde la columna de fuego; trastornó el campamento de los egipcios y atascó las ruedas de sus carros que se hundían. En cambio, los israelitas pasaron, en seco, en medio del mar. Las aguas formaban para ellos murallas a la derecha y a la izquierda.*

Los egipcios, ofuscados por una nube tenebrosa, representan a los ricos y poderosos de este siglo, que se hallan ofuscados por la nube de la soberbia. El Señor los matará; atascará

las ruedas de sus carros, o sea, sus honores y su gloria, que ruedan por las cuatro estaciones del año, y los sumergirá en lo profundo del infierno. En cambio, los hijos de Israel, iluminados por el esplendor del fuego, representan a los penitentes y a los pobres de espíritu, a los que ilumina el esplendor de la humildad. Ellos pasan a pie enjuto por el mar de este mundo, cuyas aguas amargas constituyen una muralla que los protege y defiende, a la derecha, de la prosperidad y, a la izquierda, de la adversidad. De esa manera el favor mundano no los ensalza en demasía ni la tentación de la carne los hace precipitar.

Se lee en el Deuteronomio (33,19): *Chuparán las riquezas del mar* (o sea, metafóricamente, «los valores espirituales»). Observa que nadie puede chupar sin apretar los labios. Pues bien, los que tengan la boca abierta de par en par para adquirir dinero, para granjearse vanagloria o especular con el favor popular, no pueden chupar las riquezas del mar. En efecto, es muy difícil que los lobos se desprendan de la carroña, las hormigas del grano, las moscas de la miel, los borrachos del vino, los mercaderes de la plata y las meretrices del prostíbulo. Algo análogo dice Salomón en los Proverbios (22,6): *Enseña al adolescente el camino que debe seguir; no se apartará de él mientras viva.*

Pues bien, únicamente los humildes, que cierran sus labios al amor de las cosas temporales, podrán chupar como leche las riquezas del mar.

* * *

¡Oh estrella del mar! ¡Oh humildad del corazón! Tú conviertes el mar salado y tempestuoso en leche dulce y agradable. ¡Qué dulce es la amargura para el humilde y qué leve la tribulación sobrellevada en el nombre de Jesús! A san Esteban fueron placenteras las piedras que le lanzaron, a san Lorenzo la parrilla, a san Vicente las brasas encendidas. Ellos absorbieron, por amor a Jesús, esas inundaciones del mar, como leche.

En el verbo «chupar» se destacan dos cosas: la avidez y el placer. Sólo la humildad sabe chupar con avidez y placer las tribulaciones y los sufrimientos.

Se dice en el Cantar (8,1): *¡Ah, si tú fueras hermano mío, alimentado con los pechos de mi madre!* Aquí se habla de tres personas: la madre, el hermano y la hermana. La madre es la penitencia, que tiene dos pechos: el dolor en la contrición y la tribulación en la reparación. La hermana es la pobreza, y el hermano es el espíritu de la humildad. La hermana pobreza interroga: «¿Quién te me dará a ti como mi hermano, o sea, quién me dará el espíritu de humildad, para que puedas ávidamente chupar los pechos de nuestra madre?» He ahí el hermano y la hermana, José y María, el esposo y la esposa, la pobreza y la humildad. *El que tiene la esposa, es el esposo* (Jn. 3,29). ¡Dichoso aquel pobre que toma en esposa la humildad!

(Octava de la Navidad: 11, 526-528)

12. Dios ama al que le pide perdón

Jesús fue llevado al desierto. Les he dado ejemplo –dice Jesús–, *para que como yo he hecho, así hagan ustedes* (Mt. 4,1; Jn. 13,15).

¿Qué hizo Jesús? Fue llevado al desierto por el Espíritu. Tú también, que crees en Jesús y esperas de El la salvación, te suplico que te dejes llevar por el espíritu de la contrición al desierto de la confesión, para que cumplas la «cuaresma», o sea, cuarenta días que es el número perfecto de la reparación.

Observa que la contrición del corazón se dice «espíritu», que, como afirma David (S. 47,8), es como *un viento poderoso que aniquila las naves de Tarsis.*

Tarsis se interpreta «búsqueda del placer». Las naves de Tarsis representan las mentes de los mundanos, que cruzan el mar de la vida, arrastrados por las velas de la concupiscencia carnal y el viento de la vanagloria. Ellos buscan las gratificaciones de la prosperidad mundana. El Señor, con el soplo vehemente de la contrición, triturará la naves de Tarsis, o sea, las mentes de los mundanos, para que, arrepentidas, ya no busquen el gozo falso, sino el verdadero.

El espíritu de contrición es llamado vehemente por dos motivos: porque eleva la mente hacia lo alto y porque elimina la condenación eterna. De ese espíritu se dice en el Génesis (2,7): *Sopló en su rostro el aliento de la vida.* Tal aliento de vida es la contrición del corazón, que el Señor sopla en el rostro del alma, cuando, por medio de la contrición, vuelve a renovarse y a grabarse en esa alma la divina imagen y semejanza, que el pecado había afeado.

* * *

¿Cómo ha de ser la contrición? Nos lo demuestra el profeta David en el Salmo (50,19): *El espíritu abatido es un sacrificio grato al Señor; tú no desprecias, Señor, el corazón contrito y humillado.* En este versículo se notan cuatro cosas: el remordimiento interior por los propios pecados, la reconciliación del pecador, la general contrición de todos los pecados, la perseverante humillación del pecador arrepentido. El penitente, abatido por los pecados como si fuesen espinas y contrito, ofrece de veras un sacrificio a Dios: un sacrificio que aplaca a Dios en favor del pecador y lo reconcilia con El. Y como la contrición ha de ser general, por eso se añade: *Un corazón contrito.*

Y observa que el pecador no sólo ha de tener el corazón contrito, sino también triturado: triturado, como si el martillo de la contrición lo aplastara, y la espada del sufrimiento lo dividiera en muchas parcelas y colocara una parcela sobre cada pecado mortal; y de esa manera afligiéndose llore, y llorando se aflija. Por un solo pecado mortal debe afligirse más que si hubiera perdido el mundo entero y todo lo que hay en él y de que él fuese propietario. En efecto, a causa del pecado mortal, él perdió al Hijo e Dios, que es lo más digno, querido y precioso entre todas las cosas creadas.

Debe también tener el corazón «contrito», o sea, triturado juntamente, para que se arrepienta, amargamente y en bloque, de todos los pecados cometidos y de las omisiones y de las negligencias.

Y como la humildad es la consumación de todo bien, por esto David afirma: *Tú, Señor, no desprecias el corazón humi-*

llado. Más aún, insiste Isaías (57,15): *El Excelso y el Sublime, que habita en la eternidad, habita también en aquel que se humilla y se arrepiente, para reanimar el espíritu de los humildes y alentar los corazones arrepentidos.*

¡Oh bondad de Dios! ¡Oh dignidad del penitente! ¡El que habita en una sede eterna, habita también en el corazón del que se humille y en el espíritu del que se arrepiente! Es cosa propia de un corazón contrito humillarse en todo y considerarse *un perro muerto y una pulga* (I Re. 24,15).

(I domingo de cuaresma: I, 64-66)

13. La confesión es la puerta del cielo

El profeta Isaías nos exhorta (23,15-16): *Toma la cítara y recorre la ciudad, canta lo mejor que puedas y entona tu cántico, para que se acuerden de ti.*

El cántico es la confesión de los pecados. Después de haber cometido los crímenes, la pobre alma no tiene otro remedio que la confesión de los pecados, que es «la segunda tabla de la salvación después del naufragio» (Pedro Lombardo).

Como en la cítara se despliegan las cuerdas, así en la confesión se deben desplegar las circunstancias de los pecados, que son: quién, qué, dónde, por quiénes, cuántas veces, por qué, cómo, cuándo. Has de distinguir todas ellas, e investígalas con discreción y diligencia tanto en el sexo masculino como en el femenino.

¿Quién? Si es soltero o casado, laico o clérigo, rico o pobre, libre o siervo, qué oficio tiene o de qué dignidad está revestido, a qué orden o congregación pertenece...

¿Qué?, o sea, la gravedad o la cualidad del pecado: si fue una simple fornicación, como de un soltero con una soltera, o si la soltera se entregaba a la prostitución; si era adulterio; si era incesto, como entre consanguíneos y afines; si corrompió a una virgen, ya que por haber abierto el camino al pecado, pecó gravísimamente y ha de ponerse en guardia por no ser

responsable de todos los pecados que ella podría cometer, a menos que no le provea algún lugar donde hacer penitencia, o la encamine hacia el matrimonio, si hubiere posibilidad; si pecó contra natural, al derramar el semen fuera de la vagina de la mujer. Esto se debe investigar de manera sumamente discreta y con circunlocuciones. Si llevó a cabo homicidios con la mente, la boca o la mano; si cometió sacrilegio, rapiña o hurto, y con cuáles personas, y si de manera pública o privada; si cometió usura y de qué manera, ya que es usura todo lo que se recibe fuera de la suerte; si cometió perjurio, falso testimonio, y de qué modo; si fue soberbio con sus tres categorías; no querer obedecer al superior, no aceptar a los otros como iguales y despreciar a los inferiores. Todo esto debemos absolutamente confesar.

¿Dónde?, o sea, si cometió algún pecado o si habló de cosas ilícitas en una iglesia consagrada o no, o cerca de la iglesia, en el cementerio de los fieles o en algún oratorio.

¿Por quiénes?, o sea, si pecó con el auxilio o consejo de otro, o si incitó a otros a pecar; si los cómplices eran muchos o pocos y si estaban conscientes del pecado; si cometió pecado por encargo, dando dinero o recibiéndolo.

¿Cuántas veces? ha de confesar cuántas veces pecó, siquiera aproximadamente: si pecó muchas o pocas veces; si había poco o mucho intervalo entre un pecado y otro; si recayó frecuentemente y frecuentemente se confesó.

¿Por qué?, o sea, si previno la tentación con algún deseo de la mente o alguna obra; si para llevar a cabo el pecado, hizo violencia a la naturaleza; y entonces pecaría mortalisimamente (o sea, no una simple caída ocasional, sino una caída buscada).

¿Cómo?, o sea, con qué modo cometió el pecado; si de modo indebido o extraordinario, si con tacto ilícito o con otras cosas similares.

¿Cuándo?, o sea, si en el tiempo del ayuno o en la fiesta de algún santo; si procedió a cometer fechorías cuando debía ir a la iglesia; qué edad tenía al cometer éste o aquel pecado...

Estas circunstancias y otras similares mucho agravan el pecado y el alma del pecador. Por esto en la confesión hay que

aclararlas. Estas son las cuerdas desplegadas en la cítara de la confesión.

Isaías añade: *Toma la cítara y recorre la ciudad.* La ciudad es la vida del hombre, que él debe recorrer; el tiempo y la edad, el pecado y el modo de pecar, el lugar y las personas con las que pecó y aquéllas a las que incitó a pecar con su mal ejemplo, palabra o hecho, o aquéllas a las que, pudiendo, no apartó del mal. Hay que confesarlo todo con claridad y sinceridad. Así obraba el profeta David (S. 26,6): *Recorrí y ofrecí en tu tabernáculo una víctima dando grandes voces. Recorrí* toda mi vida a semejanza de un buen soldado que recorre su campamento, para ver si hay alguna brecha por la que podría infiltrarse el enemigo; y *ofrecí en tu tabernáculo,* o sea, en la iglesia, delante de un sacerdote, una víctima dando grandes voces. El pecador debe confesar sus pecados no en voz baja o a medias, como balbuciendo, sino con voz clara, casi dando voces.

* * *

Canta con habilidad, «acusándote a ti mismo, no al diablo, ni al destino o algún otro» (San Agustín); y *canta bien,* confesando todos tus pecados a un solo sacerdote y no distribuyéndolos entre varios sacerdotes...

Canta, pues, bien, y renueva con frecuencia el cántico de la confesión, acusándote siempre a ti mismo. ¿Y con qué fin? *Para que se acuerden de ti* en presencia de Dios y de sus ángeles; y para que Dios perdone tus pecados, infunda su gracia y te de la gloria eterna...

La confesión es llamada *casa de Dios* (Gn. 28,17), porque en ella el pecador se reconcilia con Dios, como el hijo se reconcilia con el padre, cuando es recibido en la casa paterna. Es lo que se lee en Lucas (15,25): *«El hijo mayor estaba en el campo. Al regresar y al llegar cerca de la casa, donde el hijo arrepentido banqueteaba con el padre, oyó la música y el baile».* Observa tres cosas; el banquete, la música y el baile. Estas tres cosas también han de existir en la casa de la confesión, en la que es recibido el pecador, que regresa del «país de la desemejanza» o del desorden (San Bernardo): el banquete del arre-

pentimiento, la música de la confesión y el baile de la reparación. De esa manera, al acusarte pecador, tú puedes gozosamente enmendarte.

Oye la música que dulcemente resuena: *Reconozco mi culpa, y mi pecado está siempre delante de mí* (S. 50,5). Oye el coro del baile que responde en consonancia: *Yo estoy preparado para el castigo, y tengo siempre por delante mi pena* (S. 37,18).

Hay muchos que cantan bien, con dulzura, y se reconocen pecadores, pero jamás se corrigen. En cambio, si en la casa de la confesión resuena la música del llanto y del amargo arrepentimiento, inmediatamente responde a tono el coro de la divina misericordia, que perdona los pecados. Hoy en la antífona del introito el Señor promete: *Me invocará y yo le daré respuesta. Estaré con él en la desgracia, lo salvaré y lo ensalzaré* (S. 90,15-16).

Observa que aquí el Señor promete cuatro cosas al que se arrepiente: la primera, cuando dice: *Me invocaré,* para que le perdone; y *yo le daré respuesta,* infundiéndole la gracia. La segunda: *Lo salvaré* del terror nocturno, de la flecha que vuela de día, de la peste que avanza en las tinieblas y del demonio meridiano (S. 90,5-6).

El terror nocturno es la tentación escondida del diablo; la flecha que vuela de día es el franco asalto del mismo demonio; la peste que avanza en las tinieblas es el engaño de los hipócritas; el demonio meridiano es la ardorosa lujuria de la carne. De estos males libera el Señor al penitente. Tercera: *Lo ensalzaré* en el día del juicio, en la gloria de la doble estola. Cuarta: *Lo gratificaré con largos años,* en la perpetuidad de la vida eterna.

La confesión es llamada también *puerta del cielo* (Gn. 28,17). ¡Oh, sí! De veras, la confesión es la puerta del cielo, de veras es la puerta del paraíso. A través de ella «el penitente es introducido para besar los pies de la divina misericordia, es hecho digno de besar las manos de la gracia celestial, y es acogido al beso de la reconciliación paterna» (San Bernardo).

¡Oh casa de Dios! ¡Oh puerta del cielo! ¡Oh confesión de los pecados! ¡Dichoso el que habitará en ti! ¡Dichoso el que pasará

por ti! ¡Dichoso el que se humillará en ti! Humíllense, pues, y entren, oh hermanos queridísimos, por la puerta de la confesión. Confiesen los pecados y sus circunstancias, porque *ya llegó el momento favorable* para confesarlos, ya llegó el día de la salvación para repasarlos.

(I domingo de cuaresma: I,72-78).

14. La cuaresma, tiempo de gracia y de salvación

Cristo ayunó cuarenta días y cuarenta noches (Mt. 4,2). Este ayuno de Cristo, que se prolongó por cuarenta días, nos enseña cómo debemos satisfacer por nuestros pecados, y qué debemos hacer para no recibir en vano la gracia de Dios.

En la epístola de hoy el apóstol Pablo nos dice: *Le exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios* (2 Co. 6,1-2). Y el Señor dice en Isaías (49,8): *En el tiempo propicio te escucharé y en el día de la salvación te ayudé. Ya llegó el tiempo propicio, ya llegó el día de la salvación.* Recibe en vano la gracia de Dios el que no vive en conformidad con la gracia recibida; recibe en vano la gracia de Dios el que atribuye a sus méritos la gracia gratuitamente recibida; igualmente en vano recibe la gracia de Dios el que, después de la confesión de sus culpas, justamente en el tiempo propicio de la salvación, es reacio a hacer penitencia en satisfacción por sus pecados.

La cuaresma es el tiempo propicio, que Dios nos da para que merezcamos la salvación. Afirma san Bernardo: «Nada hay más precioso que el tiempo, pero lamentablemente hoy en día no hay nada que sea más envilecido. Pasan los días de la salvación, y nadie piensa ni se preocupa que está perdiendo un día que jamás volverá. Como no cae un cabello de la cabeza, así no perecerá un momento del tiempo». Y Séneca recalca: «Si tuviéramos mucho tiempo a nuestra disposición, deberíamos administrarlo con cautela; pero teniendo tan poco, ¿qué deberíamos hacer?» Y el Eclesiástico (4,23) remacha: *Hijo,*

cuida el tiempo, como cosa sacrosanta. Por esto aprovechamos el santo tiempo de cuaresma para hacer penitencia.

Cuaresma significa cuarenta días, y este número consta de cuatro y de diez. El creador de todos, Dios, creó el cuerpo y el alma, dando a cada uno cuatro y diez elementos.

El cuerpo consta de cuatro elementos y está gobernado por diez sentidos, casi por diez príncipes, que son los dos ojos, las dos orejas, el olfato, el gusto, las dos manos y los dos pies. Al alma Dios le dio cuatro virtudes principales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y le dio los diez preceptos del decálogo, que son: *Escucha, Israel: el Señor, tu Dios, es uno solo. No tomarás en vano el nombre de tu Dios. Acuérdate de santificar el sábado* (Dt. 6,4; Ex. 20,7-8).

Estos tres preceptos, que se refieren al amor de Dios, fueron grabados en la primera tabla de la ley; los otros siete, que se refieren al amor del prójimo, fueron grabados en la segunda y son: *Honra a tu padre y a tu madre. No matar. No cometer adulterio. No hurtar. No levantar falso testimonio contra tu prójimo. No desear la casa de tu prójimo, ni a su esposa, ni a su esclavo, ni a su esclava, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna que le pertenezca* (Ex. 20,12-17).

Ya que contra estas cuatro virtudes y contra los diez mandamientos pecamos cotidianamente con este cuerpo mortal que, como se dijo, consta de cuatro elementos y está gobernado por diez sentidos, entonces debemos dar reparación al Señor a través del ayuno de cuarenta días. Y como debemos hacerlo, nos lo enseña el libro de los Números (13,26): *Los exploradores, enviados por Moisés y por los hijos de Israel, recorrieron durante cuarenta días toda la región de Canaán* (o sea, la Palestina). Canaán significa «comercio» o también «humilde».

La tierra de Canaán es nuestro cuerpo, en el cual debemos negociar con próspero comercio, las cosas terrenales por las eternas, las transitorias por las permanentes; y lo debemos hacer siempre con humildad de corazón.

De este comercio se dice en los Proverbios (31,18), a propósito de la mujer fuerte: Está satisfecho y sabe que su comercio prospera.

Esta mujer fuerte es el alma. Ella está satisfecha cuando, con el sano paladar de su mente, saborea la dulzura de la gloria celestial, por cuyo amor desprecia el reino de este mundo y todo ornato terrenal. Así, con el paso de los días, ella ve y comprende, con el ojo de su iluminada mente, que su comercio es bueno: vende todo lo que tiene y lo da a los pobres; y así, despojada de todo, sigue a Cristo despojado de todo. Justamente esto señalaba Job (2,4): *Piel por piel; todo lo que tiene, el hombre está dispuesto a darlo por su vida.*

El hombre, gustando y saboreando cuán suave es el Señor, dará y canjeará la *piel* del fasto terrenal por la *piel* de la gloria celestial; diversamente, dará al verdugo y al torturador la piel de este nuestro cuerpo mortal, lo expondrá a la espada de la muerte en lugar de la gloriosa piel del cuerpo inmortal.

Con razón se llama piel a nuestro cuerpo. Como la piel, cuanto más se lava, tanto más se afea; así nuestro cuerpo, cuanto más delicadamente es alimentado y enervado por los placeres, tanto más prontamente pierde las fuerzas, envejece y se vuelve rugoso.

El cristiano auténtico dará por su alma no sólo la piel, o sea, el cuerpo, sino también todo lo que posee, para merecer oír con los apóstoles, que abandonaron piel y todo: *Ustedes se sentarán sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel* (Mt. 19,28).

* * *

Pues bien, nosotros, como auténticos y valerosos exploradores, recorremos toda la región de nuestro cuerpo, explorando diligentemente todo lo que hemos pecado con la vista, el oído, el gusto, el olfato y el tacto, y confesando los pecados y las circunstancias, para que no nos quede ningún resabio. En eso imitaremos el ejemplo de Josué (10,28), del que se dice que *en aquel día se apoderó de Maquedá. Pasó a cuchillo a su rey y a sus habitantes. La consagró en anatema a Yahvé con todos los que estaban en ella, sin perdonar a ninguno.*

Maquedá se interpreta «quemadura» y simboliza el pecado, que en un primer momento es quemado por el bautismo y

después dominado por la penitencia. El rey de aquella ciudad es la mala voluntad, que es herida por la espada a través de la confesión.

Los habitantes, obedientes al rey, son los cinco sentidos, que igualmente deben ser matados por medio de la penitencia, o sea, deben ser alejados del pecado. Los restos son el recuerdo del pecado y los resabios del placer, que no han de ser perdonados.

También se lee: *Josué conquistó toda la región montañosa, el desierto del Negueb, las llanuras y Asedot con sus reyes. No dejó ningún sobreviviente, sino que consagró en anatema a todo ser viviente* (Jo. 10,40).

Las montañas representan la soberbia; el desierto, la codicia; los llanos, la lujuria. El lujurioso, como un potro sin freno, recorre esos campos. Asedot representa toda torpe imaginación que alimenta el fuego del pecado.

Consignemos todos estos pecados en la confesión, con el propósito de no volver a caer más, y, para repararlos, cumplamos una digna satisfacción, para que, cuanto el cuerpo se ensoberbeció, otro tanto se humille en la confesión; y cuanto gozó de mal modo, otro tanto sea afligido por la penitencia, a pan y agua, con la disciplina y con vigilias. Así podrá oír con la hija de Jefté: *Hija mía, carne mía, tú me engañaste con las delicias de la gula y de la lujuria, y ahora tú también te engañáste a ti misma* (Jue. 11,35); ahora debes afligirte con la disciplina, las vigilias y los ayunos.

(I domingo de cuaresma: I, 78-81).

15. Lleva con Cristo el yugo de la obediencia

Se lee en el libro del Eclesiastés (4,13): *Más vale un muchacho pobre pero sabio, que un rey viejo y tonto, que no sabe proveer al futuro.* El rey viejo y tonto es el diablo, quien, estando entre los ángeles, no guardó la sabiduría que le había sido dada, porque no quiso someterse a su Creador.

Llegan a ser miembros del diablo los que rehúsan someterse al yugo de la obediencia, por amor de Aquel que fue obediente hasta la muerte de cruz. Cada vez que tú, oh soberbio, rehúses obedecer a tu superior, otras tantas te vuelves semejante al ángel que se rebeló a Dios. Al desobedecer, no desprecias a un hombre sino a Dios, que puso a hombres sobre otros hombres.

Dice Job (28,25): *Dios dio al viento un peso.* Se llama «viento», porque es violento y vehemente. La naturaleza humana, que desde la adolescencia está inclinada al mal, es a la vez leve y violenta como el viento. Por eso Dios le dio un peso que es la obediencia a los prelados. De esa manera, frenada por el peso de la obediencia, no puede vanamente elevarse sobre sí misma como hizo el diablo, para luego caer miserablemente por debajo de sí misma, como le sucedió a él.

Nos exhorta Jeremías (Lm. 3,27-28): *Es un bien para el hombre llevar el yugo desde su adolescencia; y que se siente solitario y silencioso.*

Cuando humildemente te sometes a otro, entonces admirablemente te elevas sobre ti mismo. Se dice «yugo», porque enlaza a dos personas. Lleva, pues, oh hijo, con Cristo, el Hijo de Dios, el yugo de la obediencia. Jesucristo, como joven novillo, fue atado al yugo de la obediencia y a solas arrastró la carga de todos nuestros pecados.

Isaías (53,6) profetizó: *El Señor descargó sobre El las culpas de todos nosotros.* Y los judíos, como campesinos, lo aciateaban con el látigo, para que anduviera más de prisa.

Helo ahí, pues, a nuestro novillito, quien, a solas, arrastra un peso que ni los ángeles ni los hombres pueden sobrellevar; y no hay nadie que considere esto y lo siente en su corazón.

Corre, oh hermano, te lo rugeo, úncete a este yugo, y sopórtalo y levántalo con Jesús. Se quejaba Isaías (63,5): *Miré a mi alrededor y me asombré; no había nadie que me ayudara; busqué, y no había nadie que me diera una mano.*

Ayuda a Jesús, hermano, ayúdalo, por que, *si compartes sus tribulaciones, compartirás también sus consuelos* (2 Co. 1,7).

Te suplicamos, Señor Jesús, que hagas humildes a los po-

bres, sinceros a los ricos y sabios a los ancianos, para que merezcamos un día llegar a las delicias y a las riquezas eternas. Te lo pedimos a ti, que eres el Dios bendito por los siglos de los siglos. ¡Amén!

(XI domingo después de Pentecostés: 11,69).

16. Para compartir las bodas de Jesús, es necesario revestirse de castidad, humildad y caridad

El rey entró para ver a los comensales y, al ver a un hombre que no vestía el traje nupcial, lo interpeló: «Amigo, ¿cómo entraste aquí sin traje nupcial?» (Mt. 10,11-12).

Como tres son las bodas, así son tres los trajes nupciales: el de lino fino, el tejido de varios colores y el de escarlata. Para las primeras bodas se requiere el vestido de lino, para las segundas el de varios colores y para las terceras el de escarlata.

El que quiere tomar parte en las bodas de la encarnación del Señor, debe ponerse el vestido de lino, o sea, la pureza de la castidad, como se especifica en el Apocalipsis (19,7-8): *Llegaron las bodas del Cordero y su esposa ya está preparada. Le dieron un vestido de lino radiante de blancura.*

Se dice «cordero», porque, en comparación con los demás animales, conoce a su madre, y por esto simboliza a Jesucristo quien, mientras estaba colgado en la cruz, reconoció a su madre de entre miles de judíos y «recomendó a la Virgen al apóstol virgen» (San Jerónimo).

Las bodas del Cordero son la encarnación de Jesucristo; y su esposa, que es la santa Iglesia, o cualquier alma fiel, debe prepararse con la fe y ponerse el vestido de lino, o sea, la castidad, que ha de ser fúlgida en la conciencia y blanca en el cuerpo. ¿Cómo podría participar en las bodas del Hijo de Dios y de la bienaventurada Virgen el que no se pone el vestido de la castidad? ¿Cómo se atrevería a entrar en la iglesia; unirse a la asamblea de los fieles y participar en la mesa del Cuerpo del

Señor, el que se da cuenta de no tener el traje de lino blanco y fúlgido, o sea, la castidad interior y exterior?

A éste el rey se le dirige irónicamente: *Amigo ¿cómo entraste aquí sin tener el traje nupcial?* El Hijo de la Virgen se alegra sobremanera en la pureza de la castidad. De El habla la esposa en el Cantar (6,2-3): *Mi amado bajó a su jardín; donde se cultivan flores olorosas, para alimentarse con los productos del huerto y recoger lirios. Yo soy para mi amado y él es para mí. Mi amado se alimenta entre lirios.*

El jardín del amado es el alma del justo, en el que hay dos cosas: el cantero de los aromas, o sea, la humildad que es la madre de las otras virtudes, y los lirios, símbolo de la doble pureza. A este jardín desciende y en él se alimenta mi amado.

Este jardín-huerto produce cuatro especies de frutos: nueces, manzanas, viñas y aromas. Siete son los dones del Espíritu Santo: el temor de Dios, la ciencia y la piedad, el consejo y la fortaleza, la inteligencia y la sabiduría (Is. 11,2-3). El alma del justo por el temor de Dios llega a ser la huerta de las nueces que son amargas en la cáscara, duras en la coraza, buenas y deliciosas en las pepitas. Esta huerta de las nueces simboliza la penitencia: amarga en la mortificación de la carne, dura en la continuidad de la tribulación y suave por la espiritual alegría que produce.

Mediante el espíritu de la ciencia y de la piedad, el alma llega a ser la huerta de las manzanas, que tienen la dulzura de la misericordia; por medio del espíritu del consejo y de la fortaleza llega a ser la huerta de las parras; vides; mediante el espíritu de la sabiduría y de la inteligencia llega a ser la huerta de los aromas, todo perfumado.

* * *

El que quiere participar en las bodas de la penitencia, debe ponerse un vestido de varios colores, o sea, la humildad del corazón. De ella se dice en el Génesis (37,3): *Israel quería a José más que a todos sus otros hijos, pues lo había engendrado en su vejez, y le había hecho una túnica de varios colores.* Israel es Dios Padre, quien, más que a todos los otros hijos

adoptivos, amó a José, o sea, a Jesucristo, su propio Hijo. A este Hijo lo había engendrado de la Virgen María, cuando el mundo ya estaba envejeciendo, y le hizo una túnica de varios colores, o sea, lo revistió de humildad. El dijo: *Aprendan de mí, que soy manso y humilde de corazón* (Mt. 11,29).

Hay algo semejante en el segundo libro de los Reyes (21,19): *Hubo otro combate en Gob contra los filisteos, en el que Adeodado, hijo de Salto, vestido de varios colores, betlemita, mató a Goliat el geteo.*

Observa que tres son las guerras: contra el diablo, contra el mundo y contra la carne. Gob, en hebreo, significa «fosa», y simboliza nuestra carne, que es *fosa de muerte y barro de pantano* (S. 39,3). En esta fosa hay guerra contra los filisteos, o sea, contra nuestros cinco sentidos del cuerpo, los que, embriagados por el brebaje de las cosas temporales, se derrumban en los pecados. Pero en esta guerra y en esta fosa existe el penitente, Adeadado, el iluminado por la gracia divina, hijo de Salto, o sea, de la soledad, de la penitencia y de la aflicción. Tiene un vestido de varios colores, porque es humilde y benigno; es un ciudadano de Belén, porque es contemplativo, saciado por la dulzura del pan celestial. Tal personaje, mientras se castiga a sí mismo por medio de la penitencia, hiere a Goliat el geteo, o sea, al diablo. De ahí que diga Isaías (10,26): *El Señor, Dios de los ejércitos, hará zumbar él el látigo, como cuando golpeó a Madián en el cerro Horeb.*

Se lee en el libro de Jueces (7,19-21), que Gedeón *derrotó el campamento enemigo de Madián con antorchas, trompetas y estrépito de jarrones rotos.* Gedeón es el penitente que vence al diablo con la antorcha del arrepentimiento, la trompeta de la confesión y con la rotura del ánfora, o sea, mortificando la carne propia; y lo hizo en el cerro Horeb, que se interpreta «sequía o cuervo», o sea, con el firme e inconmovible propósito de hacer penitencia, que seca el humor de la lujuria, sustituyéndolo con el llanto y el desprecio de las cosas terrenas.

Entonces, el que quiere participar en las bodas de la penitencia, debe ponerse el vestido de varios colores; si no lo tuviera, podría oír: *Amigo* –sólo en apariencia, pero en realidad enemigo, porque amas el fasto–. ¿cómo pudiste entrar aquí, o

sea, en la vida religiosa, *no teniendo el vestido nupcial* de la humildad? Hay algo más detestable y más abominable a los ojos de Dios y de los hombres, que la soberbia en los religiosos? Si el cielo no fue provechoso para los ángeles soberbios, ¿cómo podría ser provechosa la vida monástica para un religioso soberbio?

Hay muchos seglares que se humillan y se confiesan pecadores; en cambio, el religioso se gloria de *las plumas de la cigüeña y del gavilán* (Jb. 39,13), y por eso crece en soberbia. De él dice el profeta Abdías (1,3): *El orgullo de tu corazón te engañó a ti que habitas en las hendiduras de las rocas, que tienes las cimas por morada y que dices en tu interior: «¿Quién me hará bajar a tierra?».*

Busca en el Evangelio: *El sembrador salió a sembrar. Mientras sembraba, una parte de la semilla cayó al borde del camino, fue pisoteada y las aves del cielo se la comieron. Otra parte cayó sobre la roca y, después que brotó, se secó por falta de humedad. Otra cayó entre espinos y, al crecer, los espinos la ahogaron. Otra parte cayó en tierra buena, creció y produjo el ciento por uno. El que tenga oídos para oír, ¡que oiga!*

* * *

El que quiere participar en las bodas de la gloria celestial, debe ponerse el vestido escarlata; debe tener el amor a Dios y al prójimo. Unica es la materia del rojo escarlata y de la púrpura, pero sus colores son muy diferentes. La púrpura, de color más ferruginoso, se extrae del primer teñido de las ostras, y el escarlata, más rojo, del segundo teñido. El Señor mandó a Moisés que pusiera *«escarlata dos veces teñido en los ornamentos de los sacerdotes y en las cortinas del tabernáculo»* (Ex. cc. 26-28). De esta manera se designa el amor a Dios y al prójimo.

Igualmente, David, al principio del segundo libro de los Reyes (1,24), habla de este color rojo: *Hijas de Israel, lloren sobre Saúl, que las revestía de prendas escarlatas y de delicias, y que colgaba joyas de oro sobre su atuendo.*

Oh hijas de Israel, o sea, oh almas fieles, lloren sobre la

muerte de Saúl, o sea, sobre la muerte de Jesucristo, que fue consagrado rey por el Padre celestial, para que liberara a los hijos de Israel del poder de los filisteos, o sea, de los demonios. Jesús las cubre con el vestido rojo del doble amor a Dios y al prójimo y les da las delicias de una conciencia pura; y les ofrece los adornos áureos de las otras virtudes durante su permanencia terrenal.

(XX domingo después de Pentecostés: II,342-346).

17. No amemos con palabras sino con obras

Se lee en el Evangelio de san Lucas (14,21): *El amo de casa, enojado, dijo al criado: «Anda rápido por las plazas y calles de la ciudad, y trae para acá a los pobres, a los inválidos, a los ciegos y a los cojos».*

Ya que los tres primeros invitados rehusaron venir a la cena del dueño de casa, el criado fue enviado nuevamente, para hacer entrar a pobres, célibes, ciegos y cojos. Explica la Glosa: «Raramente pecan los que no tienen atractivos para pecar; y los que no tienen en el mundo atractivos, más pronto se convierten a la gracia de Dios».

Feliz es, pues, esa condición de indigencia, que lleva después a una mejora; y feliz esa condición oscura, que lleva después a la blancura. Los pobres que se hallan privados de la abundancia de los bienes mundanos, los débiles que ni tienen salud, los ciegos y los cojos, que carecen de los atractivos para pecar, son introducidos más fácilmente en la cena del Señor.

Todo esto concuerda con el mensaje del primer libro de los Reyes (30,11-15): *Un muchacho egipcio, esclavo de un amalecita, fue despreciado y abandonado por su amo, porque se había enfermado; pero David lo encontró, lo alimentó y lo asumió como su guía por el camino.* Este muchacho egipcio representa al que ama este mundo y se vuelve negro a causa de los pecados cometidos; y ya que no puede seguir en las obras del mundo las corrientes mundanas, el mundo lo desprecia y

lo abandona, enfermo, a su suerte. Pero Cristo lo encuentra; y como El atrae a su amor a todos aquellos a los que el mundo desprecia y abandona, lo nutre con el alimento de la palabra de Dios y lo hace guía de su camino; y a veces lo elige como su predicador.

Observa que no sin razón nombró especialmente a estos cuatro grupos de personas: los pobres, los débiles, los ciegos y los cojos.

Se llama pobre, porque manda poco o posee poco; débil, hecho frágil por la bilis, ya que la hiel de la bilis afecta al cuerpo; ciego, porque carece de la vista o porque no ve con los ojos; cojo, porque está impedido de caminar.

Estos cuatro grupos de personas representan a todos aquellos que se enredaron en los cuatro vicios; avaricia, ira, lujuria y soberbia. El avaro es un pobre, porque no se manda a sí mismo sino que es esclavo del dinero; no es posesor sino poseído; tiene mucho pero cree tener poco. Observa Séneca: «Aquel al que sus bienes no le parecen dilatadísimos, aunque sea amo del mundo entero, es un miserable». Y también: «No considero pobre a aquel para el cual es suficiente lo poco que tiene».

Débil es el iracundo que, empapado de amarga hiel, se enciende de ira, y, una vez arrastrado por la misma, *no puede llevar a cabo la justicia de Dios* (St. 1,20). Job (5,2) lo amonesta: *La ira mata al necio.*

El lujurioso, despojado de la gracia de Dios, es ciego de ambos ojos, porque está privado de razón y de inteligencia. El soberbio es cojo, porque no puede caminar con pasos rectilíneos por el camino de la humildad.

De estos vicios y de otros semejantes afirma un filósofo: «Hay que evitar de cualquier modo, cortar con el hierro y el fuego, y separar con todos los medios la molicie del cuerpo, la ignorancia del espíritu, la lujuria del vientre, la sedición de la vida civil y la discordia en las relaciones humanas».

A estos cuatro grupos de pecadores, hallados en las plazas, o sea, en los placeres de la carne, y en las callejuelas, o sea, enredados en las vanidades del mundo, el Señor misericordioso, a través de los predicadores de la santa Iglesia, los puede llamar a la cena de la patria celestial.

Observa también que se dijo al criado: *Anda por las calles y a lo largo de las tapias, y estimúlalos a entrar, para que se llene mi casa* (Lc. 14,23).

¿Y quiénes son estos hombres acicateados a entrar? Son aquellos que mediante castigos y adversidades son animados a entrar a la cena del Señor. Es lo que pondera el Señor en Oseas (2,9-10): *Voy a cercar sus caminos con espinos y voy a bordearlos con paredes; y así ella, la lujuriosa, no hallará más sus caminos; perseguirá a sus amantes y no los alcanzará; tratará de buscarlos, pero en vano. Entonces se dirá: «Me volveré a juntar con mi marido de antes, porque con él me iba mejor que ahora».*

A menudo el Señor, con los espinos de las adversidades y el cerco de las enfermedades, cierra los caminos del alma pecadora, o sea, las acciones malas, siguiendo las cuales ella iba hacia sus amantes, o sea, hacia los demonios. El Señor lo hace, para que el alma vuelva a El, su primer marido. Ella ya había experimentado las dulzuras de aquel amor y gozado de aquella contemplación. Por esto y con toda razón puede decir que en aquel entonces se había hallado mejor que ahora que está abusando de los miserables placeres de la carne.

* * *

Todo esto concuerda con lo que leemos en la epístola: *Si alguien goza de las riquezas de este mundo y si, al ver a su hermano en apuros, le cierra el corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios? Hijitos míos, no amemos de palabras y de labios afuera, sino con obras de verdad* (I Jn. 3,17-18). Y el Señor recalca en el Evangelio de Lucas (11,41): *Den a los pobres lo superfluo; y todo será puro para ustedes.* La Glosa comenta: «Den a los pobres lo que les sobra a sus necesidades de comer y vestirse».

Pues bien, si alguien tuviere bienes materiales, después de haber retenido lo suficiente para las necesidades de la alimentación y del vestido, si ve que su hermano, por el cual Cristo murió, padece necesidad, debe darle lo que le sobra. Si no se lo diere y cerrare sus entrañas al hermano pobre, digo que co-

mete pecado mortal, porque no hay en él el amor de Dios; porque, si hubiere ese amor, daría de buena gana a su hermano pobre.

¡Ay de aquellos que tienen las bodegas llenas de vino y de cereales y poseen dos o tres pares de vestidos, mientras los pobres de Cristo, con las tripas vacías y el cuerpo desnudo claman a su puerta! Quizás, les hace alguna caridad, pero les da poco, y no de lo mejor sino de lo peor.

Llegará, sí, llegará la hora en que ellos también, estando fuera de la puerta, clamarán: *Señor, Señor, ábrenos;* y oirán: *En verdad, les digo que no los conozco. ¡Vayan, malditos, al fuego eterno!* (Mt. 25,11-12 y 41).

Salomón nos advierte: *El que cierra sus oídos para no escuchar la voz del pobre, él mismo clamará y no será escuchado* (Pr. 21,13).

Supliquemos, pues, hermanos queridísimos, al Señor Jesucristo, para que, después de habernos llamado con este sermón, por inspiración de su gracia, se digne llamarnos a la cena de la gloria celestial, en la que nos saciaremos, contemplando *«cuán suave es el Señor»* (S. 33,9). ¡Amén! ¡Amén!

(II domingo después de Pentecostés: I, 430-433).

18. Los pobres son los bienhechores de los ricos

Yo, Jesús, les digo: «Aprovechen el maldito dinero para hacerse amigos, para que, cuando se les acabe, ellos los reciban a ustedes en las moradas eternas» (Lc. 16,9).

«Mammona», en la lengua de la Siria, son las riquezas inicuas, porque fueron recogidas con iniquidad. Si la iniquidad, bien administrada, se puede cambiar en justicia, ¡cuánto más las riquezas de la palabra de Dios, en la que no hay iniquidad alguna, eleva hacia el cielo al que la dispensa bien!

«Amigo», etimológicamente, puede derivar de «custodio del alma» o de «amor». Los ricos de este mundo, que, con fraudes y medios deshonestos, acumulan riquezas de iniqui-

dad, si consideran bien, no tienen amigos más cercanos que las manos de los pobres, porque ellos son el tesoro de Cristo. Afirma san Gregorio Magno: «Para que los ricos tengan algo en sus manos después de la muerte, antes de morir, se les dice en cuáles manos han de depositar sus riquezas».

Oh rico, da a Cristo una parte de lo que te dio. «Tuviste en El a un donador espléndido, tenlo ahora como deudor, para que lo poseas como prestamista con subidos intereses». (San Agustín). Y yo te ruego, oh rico: extiende tu mano árida al pobre. Antes era árida por la avaricia, hazla ahora florecer con la limosna.

Salomón, en el libro del Eclesiastés (12,5), exclama: *Florecerá el almendro, se engordará la langosta, y la alcaparra perderá sus fuerzas.*

El almendro es el primero en florecer, y representa al que hace la limosna. El, floreciente de compasión y de misericordia, ante todo, debe hacer brotar la flor de la limosna. Por esto profetiza Isaías (27,6): *Israel florecerá y brotará, dando frutos, que llenarán el mundo entero.* Israel es el hombre justo que florecerá con la limosna y brotará con la compasión hacia el prójimo.

Pero observa: el brote llega antes que la flor; y, sin embargo, Isaías pone antes el verbo «florecerá» y después «brotará». El motivo es éste: cuando el justo florece con la limosna, debe hacer brotar la compasión. En efecto, él debe dar la limosna al prójimo no sólo con la mano, sino, sobre todo, con el corazón; diversamente, la avaricia lloraría sobre la limosna.

Se engordará la langosta, que representa al pobre. Como durante el invierno la langosta se entumece y pierde sus fuerzas, pero a la llegada del calor se alegra y salta, así el pobre en la época del hambre y en el frío de la necesidad pierde sus fuerzas, su cuerpo se vuelve friolento, su rostro palidece; pero, cuando llegan el calor de la caridad y el don de la limosna, recupera sus fuerzas y rinde gracias por el bien recibido a Dios y al donante.

La alcaparra, que es la avaricia, *perderá sus fuerzas.* Cuando se distribuye la limosna, la avaricia se desvanece.

* * *

Háganse amigos con el dinero maldito, para que, cuando se les acabe, ellos los reciban en los tabernáculos (o morada) *eternos.* Observa que cuatro son los tabernáculos; el primero es de los que viven según la carne; el segundo, de los que comienzan una vida virtuosa; el tercero, de los que progresan en la vida virtuosa y el cuarto, de los que llegan a la perfección. Los primeros son los de los idumeos e ismaelitas, los segundos de Kedar, los terceros de Jacob y los cuartos de las virtudes del Señor. De los primeros se dice en el Salmo (82,6-7): *Contra ti a una tramaron alianza las tiendas de Edom y los ismaelitas.*

Los habitantes de Edom son los sanguinarios; los ismaelitas son aquellos que se obedecen a sí mismos, no a Dios. Los primeros representan a los lujuriosos, que se corrompen en su sangre de lujuria, y a los soberbios, que no obedecen a Dios, sino a su voluntad. En sus tabernáculos, o sea, en sus encuentros traman un contubernio contra la alianza que el Señor estableció en el monte: *Bienaventurados los pobres en espíritu* (mt. 5,3). Hay que huir de esas tiendas, para refugiarse en las tiendas de Kedar, de las que se habla en el Cantar (1,5-6): *Soy morena pero bonita, oh hijas de Jerusalén, como las tiendas de Kedar, como las tiendas de Salomón. No se fijen en que estoy morena, el sol fue el que me tostó.*

* * *

El que hubiera combatido bien en aquellos tabernáculos, podrá pasar a los de Jacob, de los que se afirma en el libro de los Números: *¡Qué hermosas son tus tiendas, y tus carpas, oh Jacob! Son como valles arbolados, como jardines a orillas del río, como cedros plantados cerca de las aguas* (Nm. 24,5-6).

Presta atención a estos tres elementos: los valles, los jardines y los cedros. En los valles frondosos se representa la mente que se humilla; en los jardines regados, el arrepentimiento acompañado de lágrimas, y en los cedros la contemplación de las cosas celestiales.

Las tiendas y las carpas de Jacob son la milicia del hombre

activo y contemplativo. Es el Señor quien plantó estas tiendas, las que están dispuestas según su beneplácito. Por esto se dijo a Moisés en el Exodo (25,40): *Mira y obra según el modelo que te fue mostrado en el monte.*

El monte inmóvil, (en el que Dios estableció la ley), es Cristo, *«hombre que no sigue el consejo de los impíos»* (S. 1,1). Su vida misma es el modelo, según el cual debemos plantar y construir nuestras tiendas. Se dice «tienda», porque se extiende con cuerdas y postes. Tanto la tienda como el pabellón están hechos de la misma manera.

Las tiendas del hombre activo y contemplativo son hermosas como *valles frondosos,* porque se cimientan en la humildad de la mente, que ofrece un umbroso refugio contra el ardor de los vicios; y como *jardines a orillas del río,* porque sus mentes son regadas por las lágrimas del arrepentimiento; y como *cedros junto a las aguas,* porque están plantados y arraigados en la altura de la contemplación, en el aroma de una vida santa y junto a la abundancia de las aguas que *alegran la ciudad de Dios* (S. 45,5).

Cuando la milicia esté terminada, *cuando el invierno haya pasado y la lluvia cesado* (Ct. 2,11), entonces el hombre de aquellas tiendas pasará a los tabernáculos del Señor de las virtudes, prometidos por Dios mismo en Isaías (32,18): *Mi pueblo habitará en una morada de paz, en habitaciones seguras y en un descenso opulento.*

El pueblo de los penitentes es el pueblo del Señor y *ovejas de su rebaño* (S. 94,7). El que ahora está empeñado en el combate, se sentará en una bella morada de paz. «La paz es la libertad en la tranquilidad» (Cicerón). «Paz» viene de pacto o alianza. El pacto está antes y la paz viene después (como fruto). El que aquí abajo estipula un pacto de reconciliación con el Señor, un día se sentará en la belleza de la paz, allá arriba en el reino celestial. Lamentablemente, ¡cuántas veces se corrompen la paz de este mundo y la del corazón!

En cambio, la paz eterna permanecerá bella por los siglos de los siglos y en habitación segura. Entonces no habrá nadie que cause espanto. El justo habitará seguro en un reposo opulento. «Opulenta» deriva de «opes», que significan riquezas. El

reposo opulento significa la glorificación del alma y del cuerpo, que son nuestras dos estolas. Esa glorificación los santos la poseerán eternamente.

Oh ricos, háganse, pues, amigos de los pobres; acójanlo en sus casas. Cuando les llegue a faltar el dinero de la iniquidad y les sea sustraída la paja temporal, ellos, los pobres, los acogerán en las moradas eternas, donde reinan la belleza de la paz, la confianza de la seguridad y el opulento reposo de la eterna saciedad.

(IX domingo después de Pentecostés: 22, 26-29).

19. La reconciliación fraterna

Cuando presentes tu ofrenda al altar, si recuerdas allí que tu hermano tiene alguna queja en contra de ti, deja ahí tu ofrenda ante el altar y anda primero a hacer las paces con tu hermano; y, después, vuelve a presentarla (Mt. 5,23-24).

Hay cuatro tipos de altares: superior, inferior, interior y exterior. El superior es la Trinidad; el inferior, la humanidad de Jesucristo; el interior, la devoción de la mente; y el exterior, la mortificación de la carne.

Como hay cuatro tipos de altares, así hay cuatro tipos de ofrendas y cuatro tipos de hermanos. Están las ofrendas de la oración, de la fe, de la penitencia y de la limosna. Hermano nuestro es cualquier prójimo: Cristo, un ángel y nuestro espíritu.

Si ofreces el don de tu oración al altar de la santa Trinidad, y allí recuerdas que tu hermano, o sea, tu prójimo, tiene algo contra ti, porque lo ofendiste con alguna palabra o acción, o si le tienes algún proyecto hostil; si el otro está lejos, póstrate con corazón humilde en presencia de Dios al cual vas a ofrecer tu oración; en cambio, si tu hermano está cerca, acude a él con los pasos de tus pies, para pedirle perdón.

* * *

Igualmente, si ofreces la ofrenda de la fe al altar de la humanidad de Jesucristo, o sea, crees que El asumió verdadera carne de la Virgen María, y allí recuerdas que tu hermano, Jesús, quien asumió tu misma naturaleza para salvarte, tiene algo contra ti, o sea, te acuerdas que estás en pecado mortal; mientras te preparas a alabar al Señor con el sonido de tu voz, deja allí tu ofrenda, o sea, no confíes en tu fe que está muerta; sino que, ante todo, corre a reconciliarte, por medio de una verdadera penitencia, con tu hermano, Jesucristo.

* * *

Lo mismo has de hacer si estás ofreciendo al altar la ofrenda de tu penitencia, o sea, la mortificación de tu carne. Si en aquel momento te acuerdas de que tu hermano, o sea, tu conciencia, tiene algo contra ti; o sea, si recuerdas que tu conciencia está manchada por algún vicio, deja ahí tu ofrenda. No deposites tu confianza en la mortificación de la carne, si primeramente no limpias tu espíritu de toda impureza. Sólo después de haberlo llevado a cabo, vendrás a presentar tu ofrenda.

* * *

Lo mismo has de hacer si estás ofreciendo limosnas a los pobres. Si allí te acuerdas que tu hermano, el ángel de la guarda –creado como tú por Dios, pero a quien la gracia de Dios te confió, para que lleve al cielo tus oraciones y tus limosnas–, tiene alguna queja contra ti, ya que mientras te brinda buenas inspiraciones, tú desvías el oído de la obediencia, deja ahí tu ofrenda, o sea, no confíes en tu fría limosna, sino que, antes, con los pasos del amor, anda a reconciliarte con tu ángel, que te fue dado como custodio, y prométele obediencia a sus inspiraciones; y después regresa para ofrecer tu don por las mismas manos del Angel; y Dios lo aceptará...

Te rogamos, oh Padre, que por tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, recibas nuestras ofrendas y nos concedas la gracia de tu reconciliación y la de los hermanos; y,una vez reconciliados, podremos ofrecerte a ti, oh Dios, con los dichos ángeles

nuestras ofrendas de alabanza, en el altar de oro de la Jerusalén celestial. ¡Amén!

(VI domingo después de Pentecostés: I,525 y 528-530).

PARTE SEGUNDA

MISTERIOS Y ESPLENDORES TRINITARIOS

1. La gracia de Jesús, el amor del Padre y la comunión del Espíritu

Jesús dijo a los discípulos: Yo les enviaré, desde el Padre, el Espíritu de la Verdad, que procede del Padre. Este Consolador, cuando venga, dará testimonio de mí; y ustedes también serán mis testigos, pues estuvieron conmigo desde el principio (Jn. 15,26).

Observa que en este Evangelio se proclama abiertamente la fe en la santa Trinidad. Desde el Padre y el Hijo es enviado el Espíritu Santo. Los tres son de una única sustancia y de una igualdad inseparable. La unidad está en la esencia, la pluralidad en las personas. Es el mismo Señor quien habla abiertamente de la unidad de la esencia divina y de la trinidad de las personas, al decir en Mateo (28,19: *Vayan por el mundo entero, enseñen a todos los pueblos y bautícenlos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo.*

«En el nombre», dice, y no «en los nombres», justamente para mostrar la unidad de la esencia. Por los tres nombres muestra que son tres las personas. En la Trinidad existen el origen sumo de todas las cosas y la perfectísima hermosura y la dichosísima felicidad. Por «sumo origen» –como lo demuestra san Agustín en el tratado *«De la verdadera Religión»*–, se

entiende Dios Padre, del cual proceden todas las cosas: también el Hijo y el Espíritu Santo. En «la perfectísima hermosura» se entiende el Hijo, la Verdad del Padre y en todo igual al Padre. Esa Verdad, que veneramos en el Hijo y en el padre, es la forma de todas las cosas, que fueron hechas y que a uno solo tienen referencia. En la «dichosísima felicidad» y con la «suma bondad» se entiende el Espíritu Santo, que es don del Padre y del Hijo. Ese don de Dios nosotros debemos retener y venerar inconmutable como el Padre y el Hijo.

Además, si nos ponemos a considerar las criaturas, entendemos la Trinidad de una sola sustancia: un único Dios Padre, del que recibimos la existencia; y Dios Hijo, por el cual existimos; y Dios Espíritu Santo, en el cual existimos. O sea, la Trinidad es el principio, al que nos referimos; la forma perfecta, que hemos de seguir, y la gracia, por medio de la cual nos reconciliamos con Dios.

Para que nuestra mente se despliegue en la contemplación del Creador y crea indudablemente la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad, es necesario que veamos cuáles vestigios de la Trinidad se manifiestan en la misma mente. Nuevamente nos ayudará a comprender san Agustín por medio de su tratado *«De la Trinidad»*.

«Por cierto, la mente humana no es de la misma naturaleza de Dios, sino imagen de Aquel, del que nada hay mejor. Por esto es necesario buscar y hallar esos vestigios en nuestra mente, que es lo mejor que posee nuestra naturaleza humana. Helos aquí: la mente tiene memoria de sí, se comprende y se ama. Si observamos bien esto, reconocemos la trinidad, no por cierto a Dios, sino una imagen de Dios. Ahí se aparece la trinidad: la memoria, la inteligencia y el amor o la voluntad. Estas tres no son tres vidas, sino una sola; ni son tres mentes, sino una sola mente; ni son tres esencias, sino una sola esencia. Tanto la memoria y la inteligencia como la voluntad, o el amor tienen referencia a alguna cosa; en cambio, la vida, la mente y la esencia se tienen a sí mismas como referencia. Aquellas tres cosas en tanto son una sola cosa, en cuanto son una única vida, una única mente y una única esencia.

«Estas tres facultades, cosas, a pesar de ser distintas entre

sí, son una sola cosa, porque en el alma existen sustancialmente. La mente es como la madre, y la idea como una hija. La mente, al conocerse, engendra una idea, y es la única madre de su idea. El tercer elemento es el amor, que procede de la misma mente y de la idea. La mente, al conocerse, se ama, y no podría amarse sin conocerse. Ama a su querida hija, o sea, su idea; y así el amor es el abrazo entre la madre y la hija. En estas tres palabras se aparece según vestigio de la Trinidad».

(En otros momentos san Agustín analiza el «amor», y halla en él tres elementos: un amante, un amado y el amor; y los aplica a la santa Trinidad: el amante es el Padre, el amado el Hijo y el amor el Espíritu Santo. Con igual criterio se podría ver en la familia un reflejo trinitario: el amante es el padre, la amada es la esposa y madre, y el amor es el hijo).

(VI domingo después de Pascua: I,355-356).

2. Cristo, el Verbo y el Hijo dilecto del Padre

Dijo Jesús: *El que es de Dios, escucha la palabra de Dios; y por eso ustedes no me escuchan, porque no son de Dios* (Jn. 8,47).

Según la etimología, Dios se interpreta «temor». Es de Dios el que teme a Dios; y el que teme a Dios, escucha su palabra. De ahí que el Señor diga a Jeremías (18,2): *Levántate y baja a la casa del alfarero; allí te haré oír mis palabras.* Se levanta aquel que, estremecido por el temor, se arrepiente de haber hecho lo que hizo; y desciende a la casa del alfarero. Al conocer que está hecho de barro, teme que *el Señor lo despedace como vasija de alfarero* (S. 2,9); y allí escucha las palabras del Señor, porque es de Dios y porque teme a Dios.

San Jerónimo observa: «Es una gran señal de predestinación escuchar de buena gana las palabras de Dios y escuchar los murmullos de la patria celestial, a semejanza de aquél que escucha gratamente los murmullos de la patria terrena».

En cambio, no escuchar las palabras de Dios es señal de

obstinación, como decía Jesús: *Por eso ustedes no la escuchan, porque no son de Dios;* como si dijera: «Ustedes no escuchan sus palabras, porque no lo temen. Por esto se queja Jeremías (6,10): *¿A quién hablaré y a quién tomaré como testigo para que me escuchen? Tienen oídos de paganos y no pueden entender. La palabra de Dios les causa risa y no les gusta.*

* * *

Jesús contestó a los judíos: *No me preocupa mi propia gloria, ya que de nada vale que yo me de gloria a mí mismo. El que me da gloria, es mi Padre. Ustedes lo llaman «nuestro Dios», pero no lo conocen. Yo, sí, lo conozco; y si dijera que no lo conozco, sería tan mentiroso como ustedes lo son ahora, porque yo lo conozco y guardo su palabra* (Jn. 8,54-55).

Observa que el Padre glorificó a su Hijo en la Navidad, haciéndolo nacer de la Virgen, pero también en el río Jordán y en el monte, cuando dijo: *Este es mi Hijo dilecto* (Mt. 3,17).

Lo glorificó también en la resurrección de Lázaro, y, sobre todo, en la resurrección y ascensión del mismo Cristo.

Se lee en el Evangelio de san Juan: *Padre, glorifica tu nombre. Vino una voz del cielo que proclamó: «Yo lo glorifiqué* en la resurrección de Lázaro, *y nuevamente lo glorificaré* en su resurrección y ascensión (Jn. 12,27-28). Es, pues, el Padre el que me glorifica, Aquel a quien ustedes dicen que es su Dios.

En estas palabras tenemos un testimonio explícito contra los herejes, que afirman que la ley del decálogo fue dada a Moisés por el dios de las tinieblas. Pero el Dios de los judíos, que dio la ley a Moisés, es el Padre de Jesucristo. Por consiguiente el Padre de Jesús dio la ley a Moisés. Pero *ustedes no lo conocen* espiritualmente, mientras se dedican a las cosas terrenales. *Yo,* en cambio, *lo conozco,* porque soy una única cosa con El. *«Y si dijera que no lo conozco,* mientras lo conozco bien, *sería tan mentiroso como ustedes que dicen conocerlo, mientras no lo conocen.*

Yo lo conozco y guardo su palabra. Cristo, como Hijo, ha-

blaba el lenguaje del Padre. Más aún, era El mismo el Verbo del Padre, que hablaba a los hombres.

(V domingo de cuaresma: I, 177 y 184-185).

3. El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios

Los fariseos dijeron a Jesús: *Danos tu parecer: «¿Está permitido o no pagar el impuesto al César?»*. Jesús comprendió su maldad y les contestó: *«Hipócritas, ¿por qué me ponen trampas? Muéstrenmela moneda con que se paga el impuesto»*. Y ellos le presentaron un denario. Jesús les preguntó: *«¿De quién son esta imagen y esta inscripción?»*. Respondieron: *«Del César»* (Mt. 22,17-21).

Observa estas tres palabras: denario, imagen, inscripción. Como el denario está marcado con la imagen del rey, así nuestra alma está marcada con la imagen de la santa Trinidad. En el Salmo (4,7): *Oh Señor, está marcado en nosotros la luz de tu rostro.* La Glosa comenta: «Oh Señor, la luz de tu rostro, o sea, la luz de tu gracia, por la cual se reformó tu imagen en nosotros y así somos semejantes a ti, está estampada en nosotros, o sea, grabada en nuestra razón, que es la fuerza superior de nuestra alma, por la cual somos semejantes a Dios. Esa luz nos fue grabada como un sello en la cera.

Nuestra razón es como el rostro de Dios. Como se conoce a uno por su rostro, así por el espejo de la razón se conoce a Dios. La razón perdió su forma a causa del pecado, por el cual el hombre ya no fue semejante a Dios, pero se recuperó con la gracia de Cristo. Por esto exhorta san Pablo: *Renuévense en el espíritu de su mente* (Ef. 4,23). La gracia, pues, por la cual se renueva la imagen creada, aquí es llamada luz.

Y observa que hay una triple imagen; la de la semejanza; la de la creación, o sea, de la razón, con la que el hombre fue formado; y la de la re-creación, o nueva creación, por la cual la imagen creada recupera su forma. Además, hay la imagen de la semejanza, según la cual el hombre fue creado a imagen y

semejanza de toda la Trinidad. Efectivamente, por la memoria es semejante al Padre, por la inteligencia al Hijo y por el amor al Espíritu Santo. He aquí por qué san Agustín suplica: «Oh Señor, ¡que yo me acuerde de ti, que te comprenda y te ame!».

El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios; imagen en el conocimiento de la verdad, semejanza en el amor a la virtud.

Luz del rostro de Dios es, pues, la gracia de la justificación, por la cual la imagen creada es señalada. Esta luz es el entero y verdadero bien del hombre, por el cual está señalado, como el denario está marcado con la imagen del rey. Por eso el Señor saca esta conclusión en el Evangelio: *Den al César lo que es del César y den a Dios lo que es de Dios* (Mt. 22,21). Es como si dijera: «Como rinden al César su imagen, así rindan sus almas a Dios, que están iluminadas y marcadas por la luz de su rostro.

* * *

Todo esto concuerda con lo que dice el profeta Zacarías: *Veo un candelabro de oro macizo y una lámpara sobre la cabeza del ángel; y arriba un recipiente que alimenta siete lámparas con siete mechas. También hay cerca del candelabro dos olivos, uno a la derecha de la aceitera y otro a la izquierda* (Za. 4,2-3).

Candelabro y denario, lámpara e imagen significan la misma cosa. Candelabro es el alma, que es toda de oro, porque fue creada a imagen y semejanza de Dios. Por esto se lee en el libro del Eclesiástico (17,1): *Dios creó al hombre de la tierra y lo formó a su imagen.* Lo hizo precisamente para que el hombre viva, conozca, recuerde y tenga inteligencia y voluntad. De ahí viene el mandato: *Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón,* o sea, lo amarás con toda tu inteligencia, voluntad y memoria.

Como del Padre procede el Hijo, y de ambos el Espíritu Santo, así de la inteligencia procede la voluntad, y de ambas la memoria. El alma no puede ser perfecta sin estas tres dotes; y,

en cuanto a la bienaventuranza, una sola de estas dotes no es entera si faltan las otras dos.

Como Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo no son tres divinidades, sino una sola en tres personas, así el alma-inteligencia, el alma-voluntad y el alma-memoria, no son tres almas sino una sola con tres poderes, en los que ella lleva admirablemente la imagen de Dios.

Con estas dotes, que son superiores a las demás, se nos manda que amemos al Creador, de tal manera, que cuanto le podamos comprender y amar, lo tengamos también siempre en la memoria. A Dios no le basta la inteligencia, si no hay también voluntad en el amor a El. Tampoco bastan la voluntad y el amor, si no se añade la memoria, con la cual Dios permanece siempre en la mente del que lo comprende y ama. Y como no hay momento en el que el hombre no usufructúe y no goce de la bondad de Dios, así El ha de estar siempre presente en la memoria.

El hombre fue creado también a semejanza de Dios; y como Dios es el amor y es bueno, justo, manso, misericordioso...; así el hombre ha de ser caritativo, bueno, justo, manso, misericordioso.

(XXIII domingo después de Pentecostés: II,414-416).

4. Dios nos ama

En verdad, en verdad les digo: si piden algo al Padre en mi nombre, se lo dará. Hasta ahora no pidieron nada en mi nombre. Pidan y recibirán, para que su gozo sea colmado (Jn. 16,23-24).

Amén es una palabra hebrea, que significa juramento o afirmación solemne, que traducimos con la fórmula «En verdad». Y la Verdad, con la fuerza del juramento y de la afirmación solemne, nos promete el gozo, para que creamos sin sombra de duda lo que nos dice.

Observa las tres palabras: algo, Padre y en mi nombre.

No se puede llamar Padre si no tiene un hijo, porque padre e hijo son nombres estrechamente relacionados. Cuando, pues, dice «padre», entiende al hijo que tiene padre. Padre es Dios, del que somos hijos y al que cotidianamente decimos la oración: *«Padre nuestro que estás en el cielo...»*; y también en Isaías (63,16): *Tu, oh Señor, eres nuestro Padre y nuestro Redentor. Desde siempre tienes este nombre.* Y El mismo en Jeremías (3,4): *Ahora invócame así: «Tú eres mi Padre y guía de mi virginidad.»* La virginidad del alma es la fe, que obra por el amor y mantiene el alma pura; y Dios Padre, como un guía, le conduce.

Nosotros, los hijos, debemos pedir «algo» al Padre. Pero todo lo que existe es nada, fuera del amar a Dios. Amar a Dios es «algo», y este «algo» debemos pedirlo, para que nosotros, los hijos, amemos a nuestro Padre, como el hijo de la cigüeña ama a su padre. Se dice que «el hijo de la cigüeña ama tanto a su padre hasta el punto que, cuando envejece, lo sostiene y alimenta; y esto lo hace por instinto natural» (Aristóteles).

De la misma manera nosotros debemos obrar en este mundo que comienza a envejecer: sostener a nuestro Padre en los débiles y en los enfermos, y alimentarlo en los pobres y en los necesitados, ya que todos ellos son sus miembros. *Lo que ustedes hacen a uno de estos pequeños, a mí me lo hacen* (Mt. 25,40). Y si pedimos el amor, el mismo Padre, que es el amor, nos lo dará.

Dios mismo nos lo promete en el Exodo (13,5): *Te daré una tierra que mana leche y miel.* Observa estas cuatro palabras: tierra, que mana, leche y miel.

La tierra, por su solidez, simboliza el amor de Dios; por otra parte el amor de Dios asegura la mente humana que está en la verdad. Por esto Salomón en el Eclesiastés (1,4) afirma: *Una generación va, y otra viene; pero la tierra permanece siempre la misma.* «Una generación va», símbolo del amor carnal, que pasa. «Una generación viene», símbolo del amor del mundo, que también pasa. Pero la tierra, o sea, el amor de Dios, permanece para siempre, porque, como dice el apóstol (I Co. 13,8): *El amor jamás tendrá fin.*

Se dice que la tierra «mana», por la abundancia de sus fru-

tos. Por esto el Salmo (45,5): *El río y sus afluentes alegran la ciudad de Dios.* Esto significa que la abundancia del amor divino alegra el alma, en la cual mora Dios.

Esta tierra «mana leche y miel». La leche alimenta, la miel endulza; y así el amor de Dios alimenta el alma, para que crezca de virtud en virtud, y endulce todas las tribulaciones.

Cicerón dice: «Para el que ama, nada es difícil» (en latín: «Amanti nihil difficile»). Cuando falta la dulzura del amor divino, entonces parece intolerable aun la amargura de la más pequeña tribulación. Pero *el madero endulzó las aguas de Mara* (Ex. 15,23-25); y también: *La harina de Eliseo volvió comestibles las amargas hierbas silvestres* (4 Rey, 39-41). De la misma manera el amor de Dios convierte en dulzura toda amargura. Por eso en el Eclesiástico se lee: *Mi espíritu y mi herencia son más dulces que un panal de miel* (Ecli. 24,19).

El Espíritu del Señor es espíritu de pobreza, del que habla Isaías (25,4): *El espíritu de los robustos es como un torbellino que embiste contra la pared.* Los robustos son los pobres, que no vacilan ni en la prosperidad ni en la adversidad. Su espíritu, como viento poderoso, embiste contra la pared de las riquezas, y a ella se refiere el mismo profeta Isaías (22,6): *El escudo desguarneció la pared.* Se dice escudo, porque esconde y protege el cuerpo, y es un símbolo del espíritu de pobreza, que esconde y protege el alma de las flechas de los demonios. Ese escudo derriba la pared de las riquezas.

La herencia del Señor es su pasión en la cruz; y El la legó a sus hijos. Por esto exhorta: *Hagan esto en mi memoria,* o sea, en memoria de mi pasión (Lc. 22,19). El apóstol Pablo se consideraba heredero y poseía esa herencia, cuando decía: *Llevo en mi cuerpo los estigmas del Señor* (Ga. 6,17). Pues bien, el espíritu de pobreza y la herencia de la pasión superan en dulzura el panal de miel, en el corazón del que es verdadero amante.

Dice bien el Señor: *Si piden algo al Padre en mi nombre.* Cristo, en hebreo, se dice «Mesías»; en griego, «Cristo» o «Soter»; en latín, «Ungido» o «Salvador». En nombre, pues, del Salvador pidamos al Padre que nos conceda el privilegio de su amor, si no por nuestros méritos, al menos por los de su Hijo,

por el cual salvó a la humanidad; y digamos con el profeta: *Oh Dios, Protector nuestro, observa bien, y contempla el rostro de tu Ungido, Cristo* (S. 83,10).

Es como si dijera: Si no quieres dirigirnos tu rostro a nosotros por nuestras culpas, al menos mira el rostro de tu Cristo abofeteado, escupido y mortalmente pálido. *Mira el rostro de tu Cristo.* ¿Hay padre que no mire el rostro de su hijo muerto? Pues bien, oh Padre, míranos también a nosotros, ya que por nosotros, que fuimos la causa de su muerte, murió Cristo tu Hijo.

En nombre, pues, de Cristo, como El mismo nos lo mandó, te pedimos que nos des a ti mismo, porque sin ti no se puede vivir. Es lo que san Agustín pondera: «Señor, si quieres que me aparte de ti, dame otro igual a ti; de lo contrario, no me alejaré de ti».

(V domingo después de Pascua: I, 333-335).

5. En tu juventud acuérdate de tu Creador

Acuérdate de tu Creador en el tiempo de tu juventud, antes de que lleguen los días tristes y los años en que debas decir: «No encuentro placer en ellos»; antes de que se oscurezcan el sol, la luna y las estrellas, y las nubes vuelvan después de llover; cuando tiemblen los custodios de la casa, se encorven los hombres fuertes; y dejen de trabajar las que muelen, por ser muy pocas, y se queden ciegos los que miran por las ventanas; y se cierren las puertas de la calle, y se debilite el ruido del molino, y se levanten a la voz del ave y cesen los cánticos; cuando se teman las subidas, y se tenga temor de caminar; cuando el almendro esté florido, se ponga pesada la langosta y se caiga la alcaparra, porque el hombre se va a su morada de eternidad y las lloronas circulan ya por las calles. Se suelta el hilo de plata, y se quiebra la lámpara de oro, y se estrella el cántaro en la fuente, y se rompe la polea en el pozo. Y el polvo vuelve a la tierra, donde antes estaba, y el espíritu retorna a Dios, porque El lo dio (Ec. 12,1-7).

Oh alma, que eres como la ciudad de Jerusalén y que fuiste creada a semejanza de Dios, acuérdate de tu Creador que te hizo y te juzgará; y hazlo en el tiempo de tu juventud, cuando la edad se inclina más fácilmente al pecado, pero también se somete con más ganas a la penitencia. Por esto, poco antes, el mismo Eclesiastés nos exhortaba: *Joven, alégrate en tu juventud y vive feliz; sigue tus deseos y realiza tus ambiciones; pero no olvides que por todo esto Dios te juzgará* (Ec. 11,9).

Acuérdate, pues, y tenlo bien en la mente, antes de que vengan los días tristes, o sea, antes de la vejez, de la muerte y del juicio de Dios; antes de que lleguen los años en que debes decir: «No encuentro placer en nada».

Acuérdate, pues, ahora, en estos años que te gustan y te dan una alegría serena. Pero vendrán días, que no te gustarán para nada, porque te complaciste a ti mismo y disgustaste a Dios. Vendrán días en que te disgustarás de ti mismo.

Acuérdate, te pido, antes de que se oscurezca la luz del sol, o sea, antes de que la negrura de la muerte oscurezca la luz de la prosperidad mundana; antes de que se oscurezcan la luna y las estrellas, o sea, antes de que los sentidos del cuerpo se debiliten en la vejez y en la muerte se apaguen totalmente.

Isaías (8,21-22) dice: *Levantarán sus ojos al cielo, y luego mirarán al suelo; y sólo encontrarán miseria y tinieblas, disolución y congoja, y una oscuridad angustiosa; y no podrán escapar de su angustia.*

La tribulación consiste en la tentación del diablo; las tinieblas, en la ceguera de la mente; la disolución, en la incapacidad de trabajar; la congoja, en las malas costumbres; la oscuridad desoladora, en la condenación al infierno.

Lo mismo sucede durante el ciclo vital: tribulación en la vida, tinieblas en la vejez, debilidad en la enfermedad, congoja en el momento de morir, oscuridad desoladora en el infierno con los demonios.

Acuérdate de tu Creador, antes de que vuelvan las nubes después de la lluvia. Las nubes son los predicadores, que hacen llover abundantemente, cuando anuncian al alma el cautiverio del infierno. Las nubes se alejan, cuando el pecador no

quiere escucharlos, pero regresan cuando se realiza lo que ellos anunciaron.

Cuando los custodios de la casa tiemblen. Salomón, en este versículo, habla tanto de la vejez como de la muerte del hombre; pero cuando dice: *Antes de que se rompa el hilo de plata,* entiende hablar de la vejez, que es mensajera de la muerte. *«Custodios de la casa»* son las costillas, que protegen las partes blandas e íntimas de nuestro organismo. Estas costillas, en la vejez, tiemblan, o sea, se debilitan.

Se encorvan los hombres fuertes, o sea, vacilarán las piernas que sostienen todo el cuerpo. *Y dejan de trabajar las que muelen;* o sea, los dientes se aflojarán y no podrán masticar el alimento. *Y se quedan ciegos los que miran por las ventanas,* o sea, los ojos se nublarán (con las cataratas).

Y se cierran las puertas de la calle. Los ancianos, que no pueden caminar, están sentados en casa y cierran la puerta para no ver a los jóvenes que se divierten: todas cosas insoportables para ellos. *Y se debilita el ruido del molino.* Los ancianos tienen los sentidos torpes y la voz débil y floja y no pueden procurarse el alimento con su trabajo ni masticarlo con los dientes. *Y se levanten a la voz del ave,* o sea, del gallo. Enfriándose poco a poco la sangre y sacándose el humor con que se alimenta el sopor, ellos no pueden dormir. *Y cesan los cánticos.* Se alude a los oídos, que gustan del canto, pero por la demasiada vejez se vuelven sordos y ya no pueden distinguir los sonidos.

Y se temen las subidas. Los ancianos temen subir las escaleras, por la flojedad de sus piernas. *Y temen caer en el camino,* aunque sea llano.

Cuando florezca el almendro, o sea, sus cabellos se vuelvan canos, *y la langosta se ponga pesada,* o sea, cuando las piernas se hinchen. La langosta tiene el vientre gordo, y los viejos suelen tener barriga.

La alcaparra se caiga; o sea, la actividad sexual se enfría, porque se marchitan los órganos. La alcaparra da vigor a los riñones y representa a la líbido, que tiene su centro cerca de los riñones.

El hombre, arruinado en sus miembros, se dirigirá a la casa